

Memoria inolvidable de una emigrante salmantina en Alemania

M^a del Carmen Fernández Bajo¹

Soy M^a del Carmen Fernández Bajo, de Villar de Ciervo, provincia de Salamanca, en la frontera con Portugal, para quien no lo sepa, y voy a contar un poco mi experiencia migratoria atendiendo a la oferta que me ha hecho Castilla y León. Me gusta participar en las cosas y voy a poner mi granito para el archivo de la emigración de Castilla y León.¹

En aquellos años, 1965, mi padre –que era agricultor– había dejado ya la labor, y entonces yo –que soy la pequeña– me encontraba en casa sin saber qué hacer, a pesar de que ya tenía veintitantos años. En esa época se marcharon mis amigas a una fábrica muy famosa que abrieron en Barcelona, que la llamaban “la fábrica del aluminio”. Pero a mí eso no me parecía mucha alternativa; yo tenía idea de salir del pueblo pero a ganar más dinero para comprarme un piso en Salamanca, porque no quería seguir viviendo en el pueblo. Nunca me había gustado mucho el pueblo.



Mi pueblo, Villar de Ciervo, en la actualidad.

Entonces, en esos días, un vecino mío que se llamaba José recogía el pescado en Fuentes de Oñoro y luego lo vendía en el pueblo. Y un día de

¹ Véase en este mismo volumen, modalidad Grabaciones sonoras de la misma autora “Testimonio real de Alemania”, p. 827.

esos encontró a uno, a un tal señor Corredera, de Alameda de Gardón, de La Alamedilla, y le dijo que él estaba trabajando en la *Kammgarn-Spinnerei*, de Mönchengladbach, Düsseldorf, en Alemania, y que esa fábrica de textil se dedicaba a mandar contratos al extranjero. Y el señor éste, como su hija era una de las que se había ido a Barcelona, pues enseguida dijo que sí. Dijo aquel tal Corredera:

– Sí, pero para tu hija sola no, tiene que ser para un grupo o unos cuantos.

Y el vecino José le contestó:

–Bueno, pues entonces yo ya se lo diré y si se vuelven otra vez para acá las que se han ido a Barcelona busco alguna más en el pueblo y a ver...

Llegó y estamos a la solana, como en aquellos tiempos, y me lo dijo. Y yo le dije automáticamente que sí, sin pedir más opiniones. Y él se lo dijo a su hija, también dijo que sí, se comentó un poco por el pueblo y nos reunimos diez, todas de veintitantos años. Unas que estaban en Madrid, otras en Barcelona, se vinieron y con las que estábamos en el pueblo, nos preparamos diez y nos fuimos. Dijimos que sí, nos mandaron el contrato y empezamos los trámites del Servicio Social², que en aquellos tiempos a nosotras, pues... no nos hicieron hacer las “prácticas”, nada más que nos dieron la cartilla, que todavía la conservo.

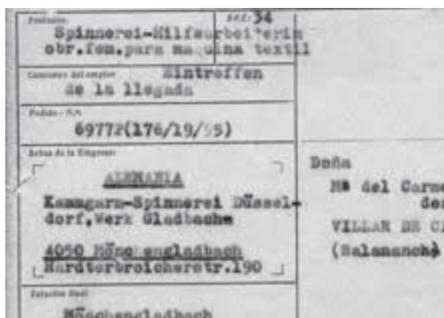


Papeles para salir de España: cartilla del Servicio Social.

² El Servicio Social era, durante el Franquismo, una actividad obligatoria para todas las mujeres españolas a través de la Falange Española, partido único del régimen de inspiración fascista, que se asignaba dependiendo del nivel económico, cultural y social de cada una. (N.E.)

Vinimos aquí, a Salamanca, nos llamaron aquí al Instituto de Inmigración, al Instituto de Previsión, que estaba en la Avenida de Mirat, y... a reconocimiento. Nos hicieron un reconocimiento que para nosotras en aquellos años era muy duro porque nos lo hacían a todas juntas en una sala, y entonces era un poco duro para nosotras. Cuando ya teníamos preparado todo, el pasaporte y todos los papeles, nos dijeron que ya tal día salíamos desde Salamanca en el tren. Salimos, pues; cuando llegó el tren a Salamanca venía ya hasta arriba, de portugueses³. Subimos a un departamento y, pues allí..., a seguir el camino hasta Francia... Pero antes, cuando se hizo de noche, pues había subido con nosotros a acompañarnos un médico de Salamanca, porque siempre iba acompañada de un médico la expedición, y había allí un departamento que nos lo abrió a una amiga y a mí, y nos acostamos fabulosamente, una de cada lado en el departamento, hasta Francia.

En la estación de Francia nos dieron por la ventanilla una bolsa con algo de comida, me acuerdo que eran huevos duros y pan, y no sé si algún embutido. Así llegamos hasta Colonia. En Colonia, la estación..., bueno, aquello era un hervidero de gente. Nos llamaban por los altavoces, allí ninguno nos enterábamos; bueno, nos llamaban “payasos”, nos llamaban de todo (menos bonitos y buenos)... Y al final, cuando ya nos recogió cada encargado del grupo de la fábrica, que no sé si he dicho que se llamaba la *Kammgarn-Spinnerei*, y que era de textil, pues nos recogió el intérprete y la encargada de la residencia.



Notificación de mi primer contrato en la Kammgarn-Spinnerei.



En mi departamento de la Kammgarn-Spinnerei, Mönchengladbach.

³ La autora se refiere a la línea de ferrocarril París-Lisboa, con parada en Salamanca. (N.E.)

Notificación de mi primer contrato en la Kammgarn-Spinnerei.

Antes nos llevaron abajo, al sótano, y nos pusieron de comer, entonces allí era fabuloso el... *goulash* con arroz. Y así fue, antes de subir a los autobuses. Nos dividieron en dos grupos. Éramos diez: cinco para Mönchengladbach y cinco para Düsseldorf, que tenían allí otra empresa. Y ahí empezó nuestra pena de empezarnos a separar ya... Llegamos a Viersen, que es un pueblecito al lado de Mönchengladbach, donde tenían entonces la residencia, y todas las mañanas nos recogía un autocar para llevarnos.

Los porteros que estaban allí eran de Salamanca, y allí había ya griegas, gallegas, de Castilla y León... Y al día siguiente, una de Castilla y León nos llevó al supermercado –entonces no conocíamos lo que era un supermercado– y nos enseñó lo que era aceite, lo que era leche y lo que eran otras cosas. Como no entendíamos nada, claro, no sabíamos ni “papa”, cuando llegábamos a la caja dábamos el monedero, la cajera cogía lo que era y nos devolvía el monedero con lo que fuera. Después nos llevaron a la comisaría para hacernos el permiso de residencia para el año que teníamos el contrato, porque esa nación es muy legal, y después nos llevaron a la empresa. Nos acompañó el intérprete y también la encargada de la residencia para presentarnos y para distribuirnos en los departamentos, en las secciones de la fábrica. A mí me tocó en el primer departamento, que es la primera sala donde salen los cubos de lana y pasaban a unas máquinas antiguas de hierro, y allí hacíamos los ovillos y luego ya pasaban a las automáticas.

Allí había muchísimos españoles, tanto es así que no se hablaba alemán, pues no lo sabíamos, pero tampoco lo necesitábamos. Yo tuve suerte porque a mí me llevaron a aprender el trabajo con un talaverano, un español que ya llevaba algo de tiempo y ya chapurreaba un poco el alemán. Entonces cuando venía el maestro, a los quince días que estuve de prueba, pues me dijo: “Oye, que dice el maestro que si quieres quedarte dos o tres horas más”, y dije yo: “¡Ay, sí, sí!”, porque yo lo que quería era comprarme enseguida el piso. Y así, pues yo trabajaba de seis de la mañana a seis de la tarde, incluidos los sábados. Los domingos los dedicaba a ir a misa, porque soy muy practicante, y después a lavar la ropa de una semana (a mano, que no había lavadora) y así... El maestro general aprendió a decir “mañana trabajo” o “luego trabajo”. Si yo iba todas las mañanas, cuando iba a terminar la jornada me decía: “¿Luego trabajo?”, y yo le decía sí o no, y ya está... Si le hacía una señal con la cabeza pues ya se enteraba.

Pasado un tiempo, hubo una crisis, por el 68 o por allí, y esta fábrica tenía tres residencias de hombres, al lado de la fábrica en Mönchengladbach; entonces, quedó una libre y nos trajo a los de Viersen aquí, y ya quedamos al lado de la fábrica. Más tarde, al año o dos años y cuando ya había pasado esa

pequeña crisis, un hermano y un cuñado me pidieron que a ver si les mandaba un contrato. Yo lo pedí y me los concedieron, y se los envié, y ellos vinieron también a Alemania. Mi hermano no lo llevó muy bien, estuvo solo un año porque a mi cuñada no le iba estar sola, y cuando terminó el año de contrato se volvió. Pero mi cuñado Julián se quedó allí tres o cuatro años. Entonces yo seguí trabajando todavía esos años, todas esas horas, y los domingos lavaba su ropa, lavaba la mía y se la llevaba el lunes. Hasta que compré el piso. Cuando compré el piso en Salamanca, dije: –Bueno, ahora ya tengo el piso, ahora ya no voy a hacer tantas horas, porque yo soy soltera y entonces... para qué quiero yo tanto, para vivir y para trabajar, y tal...

Al final, mi cuñado también se vino de vuelta a España porque tenía dos hijos y, o venía mi hermana a Alemania o se venía él a España, así que regresó. Total que quedé yo allí sola. La verdad que me hice muy bien a Alemania, porque yo soy muy puntual, ellos son muy rectos y muy correctos y muy puntuales, así que pues me iba de maravilla allí. Alemania para mí es país de trabajo, no de jubilados, pues hace muy mal tiempo, lluvia y mucho frío; antes había mucha nieve, ahora ya menos.

Después, en el año 1968, Margarita, una sobrina mía que estaba con su padre en una finca, pues veía que tampoco le gustaba estar allí en el pueblo. Tenía sólo diecisiete años pero quería que la llevara a Alemania, total, que le pedí el contrato y la llevé. Cuando llegó el día en que llegaba la expedición a Colonia, pues yo no quería que ella pasara por la misma experiencia que había pasado yo al principio, porque había sido un poco humillante, un poco..., bueno... Entonces, me acompañó una amiga mía alemana y recogimos a mi sobrina allí, en la estación (yo ya se lo había dicho a la encargada), y nos fuimos directamente en el tren para casa, y se vino de momento a vivir conmigo en la residencia. Bueno, nada más llegar tuve que tirarle los zapatos porque había nevado mucho, y comprarle unas botas hasta la rodilla porque había una nieve que vamos..., en esos años era mucha la nieve que había.

La convivencia allí, en la residencia, no era fácil. Había de todo, compañeras de todas las ideas y de todas las nacionalidades, y..., pues es difícil convivir así. Pero la mayoría de los emigrantes intentábamos integrarnos, quiero decir con eso: no hacer ruido a partir de cierta hora de la noche, no llamar a la puerta sin haber sido invitada, nada de visitas de 13:00 a 15:00 horas, que es una hora sagrada para los alemanes...; tampoco se debe hablar alto en sitios públicos, pues te empiezan a mirar y terminas avergonzada. Los emigrantes, yo creo que vamos a otro país a trabajar, a ganar, y respetar sus leyes, sus costumbres, su manera de vestir yo pienso que estaba bien, y el que no esté convencido de eso no debe emigrar, nadie del exterior debe querer imponer sus costumbres, hábitos o religión, o seguir viviendo actuando como si estuviera en su país. Yo, si volviera a estar en la misma situación no tendría inconveniente en volver.

Los alemanes, si los respetas te respetan y tus derechos no te los niegan ni te ponen trabas.

Nos lo pasábamos muy bien porque íbamos a un local los sábados por la tarde, por la noche, bueno por la tarde, porque a las diez teníamos que estar en la residencia, y allí íbamos a bailar, entre españoles, claro, casi todos éramos de la misma fábrica. En ese tiempo, unos primos míos se marcharon a Australia y dejaron la casa donde vivían de alquiler. Yo conocía a los jefes y entonces me la dieron. Así que nos fuimos allí a vivir las dos.

A mí, de siempre, me ha gustado mucho la información y el turismo, y también ir a las conferencias, sobre todo a las conferencias que eran informativas. Teníamos un asesor laboral que se llamaba Rojas, que todavía está allí, y estuvo en la embajada de España en Alemania y nos daba conferencias, y yo enseguida me apuntaba. Pronto empezó a tener contacto con nosotros Cáritas y nos hacía excursiones. En ese tiempo conocí Hungría, Austria, Montecarlo, Niza, Holanda, Bélgica, Roma, Italia..., bueno, estuve por toda esa parte, y nos lo pasábamos muy bien.

En ese tiempo, mi sobrina —que, no sé si lo he dicho antes, se llama Margarita— conoció a un chico llamado Paco, de Béjar, y estuvieron dos o tres años de novios. Luego ya, cuando se casaron, busqué otro apartamento y ellos se fueron a uno y yo me fui a otro. Más tarde, a los dos o tres años, pues ella tuvo un hijo y dejó de trabajar porque dijo que ella que quería dejar el trabajo para cuidar al hijo. En esa época ya nos habíamos pasado a otra fábrica, porque su novio trabajaba en una famosa fábrica que se llamaba la *Schlafhorst*, que era de metal y tenía una fábrica en Düsseldorf, otra en Mönchengladbach y otra en Barcelona. Mönchengladbach es una ciudad del estado federal de Renania del Norte (Westfalia) y pertenece al distrito de Düsseldorf. Los límites de la ciudad

se modificaron en el año 1975, estando yo viviendo allí se hizo la *Gebietsreform* (o sea, una reforma). Mönchengladbach se quedó con el nombre de Mönchengladbach-1; Rheydt, que era el pueblecito de al lado, se quedó con Mönchengladbach-2 y el pueblo de Wickrath, con Mönchengladbach-3, aunque la gente sigue utilizando hoy los nombres de antes.

La *Schlafhorst* era nada más y nada menos que de



Excursión a Berlín en 1982.

una hija de Konrad Adenauer, el que fue canciller alemán. Y entonces, pues también a mi sobrina y a mí nos pidió allí trabajo y nos fuimos allí; teníamos allí muy buena relación con los encargados y con el maestro... Esa fábrica era entonces de metal, hacía máquinas automáticas y piezas metálicas para máquinas, aviones, y así. Mi sobrina, ya he dicho que se quedó en casa cuando tuvo el niño, pero mi sobrino y yo seguimos trabajando allí. Yo, cuando salía por las tardes, me iba por ahí y sacaba a pasear a “mi niño” y estaba los fines de semana también. Así que el sábado y el domingo, después de que recogía un poco, me iba con él y lo llevaba para el parque, y el domingo lo llevaba a misa.

En julio de 1969 murió mi padre, por lo que tuve que adelantar las vacaciones para venir a España. Por cierto, ahora recuerdo una de las experiencias que tuve en los primeros días en la residencia, volviendo al principio me llamó el capellán, que era alemán y hablaba un poco español, y nos preguntó si éramos españolas. Yo le dije que sí, que era española, y la compañera gallega dijo que ella gallega. A mí me sonó eso muy raro, porque nosotras estábamos acostumbradas a España y punto, no había ni regiones ni autonomías en aquellos tiempos, pero bueno, así quedó...

Otra de las cosas que me chocó⁴ mucho fue que las iglesias protestantes, como las llaman allí, pues estaban pintadas de verde en la cúpula y decían que no podíamos entrar porque eran de protestantes, no eran para entrar los cristianos⁵...

Bueno, más tarde, mi sobrino Iván se hizo grande y en el colegio al que iba pues se hizo amigo ¡nada más y nada menos! que del bisnieto de Konrad Adenauer, dueño de la *Schlafhorst*, porque el yerno y la hija de Adenauer se habían muerto y había quedado el hijo, y éste tenía un chaval que se hizo amigo en el colegio de mi sobrino. En esa época su madre, la nieta de Konrad Adenauer, estaba en una asociación de discapacitados y a su hijo y a mi sobrino, pues los llamaba para que fueran a ayudarle cuando hacía mercadillos para recolectar dinero para la asociación. Yo pienso que a mi sobrino, pues fue eso lo que le inculcó ese trabajo que tiene ahora de maestro de discapacitados, nada más y nada menos. Estudió en Colonia y en Bonn magisterio especial para discapacitados, y ahora está en Bonn, ya lleva años, y yo creo que de ahí fue..., y sigue muy amigo de ese famoso chaval, y se sigue llevando muy bien. Luego mi sobrina tuvo a su segundo hijo, Mario, y yo seguí paseando con ellos y llevándolos al parque.

⁴ Por “llamar la atención”. (N.E.)

⁵ La autora identifica católicos con cristianos, a pesar de que los protestantes también pertenezcan a una iglesia cristiana. (N.E.)

Pasados unos años pensé que tan pronto como pudiera me vendría a vivir a Salamanca; vamos no me iba a venir antes porque decía: “Bueno, yo ahora estoy aquí, estoy contenta ya tengo el piso en Salamanca, pero ¿y trabajar? No, bueno, pues entonces me aguantaré (como estaba contenta...), pues me quedó hasta que me prejubile, con un poco de suerte”. En esa época la fábrica cambió. Era, como ya he dicho antes, de hacer piezas de máquinas automáticas y de pabellones, y empezó los trabajos para lo eléctrico y hacíamos piezas con un montón de cables de colores y de todo... Más tarde cambió al sector de lo electrónico, y ahí yo ya empecé a conocer lo que hoy conocen todos, las placas que llevan las televisiones, ya de hace años, pero antes eran todo cables, como ahora los móviles y todo, que llevan “plaquitas”... Pues esas “plaquitas” son lo que aprendimos nosotros a hacer ahí.

También hubo allí épocas de crisis, no solo ahora sino que allí también hubo épocas en que también hubo crisis. Y también cuando terminaban los contratos pues decían:

“–Oye, antes de irte de vacaciones, si te vas a ir pasa por la oficina, porque si estás despedida, pues para que no vuelvas...”.

Yo fui una ellas que lo preguntó y me dijeron: “–¿Tú de qué vas? Anda, márchate de vacaciones y vuelve otra vez”.



Enseñando el oficio a una compañera en la fábrica de la *Schlafhorts* de Mönchengladbach.

Y hubo muchos despidos. Y allí, cuando la crisis, por el 74 más o menos, pues la reagrupación familiar –que es como se llamaba entonces–, eso lo cortaban. Y allí, ilegales creo que hay y ha habido pero no como aquí..., era muy distinto. Allí hay más legalización y funcionan las cosas de otra manera.

Bueno, también tengo que contar que allí también teníamos nuestras fiestas incluso en los puestos de trabajo, en los carnavales, y que cuando llegaba el maestro general o el *Vorarbeiter* –como le llamábamos nosotros allí–, el encargado, e iba con su corbata se la cortábamos, así que aquel día el que no quisiera que le cortaran la corbata no podía llevarla. Y aquel día comíamos algo que llevábamos así para picar y poníamos música, y se pasaba muy bien. También tengo que decir que con las alemanas con las que estaba me llevaba muy bien, e incluso teníamos nuestros encuentros después de las tareas de trabajo. Tanto es así que luego me decía el maestro: “– Bueno, usted ya se ha hecho rica, ya no necesita dinero...”. Claro, porque yo ya no quería hacer horas... Pero a mí me quedó



La casa que compré con los ahorros.

luego para hacer los trabajos de piezas a pedido, piezas que se rompían a nivel nacional o internacional, y entonces yo quedé para esos trabajos individuales o trabajos nuevos que había. Y entonces, cuando no tenía mucho que hacer, cuando no tenía que entregar piezas, pues me marchaba para casa, y el día que no pues me quedaba un par de horas más para terminar la tarea.

Cuando ya me ofrecieron una prejubilación, pues lo preparé y estuve allí un tiempo, el tiempo que me quedaba desde la prejubilación hasta la jubilación, pues tenías que estar en paro para que te la aceptaran, y así estuve. Luego ya me vine en 1999, al pueblo, con todos mis papeles arregladitos.

Tuve suerte de que mi madre, que ya llevaba viuda años, ya tenía ganas de que me viniera, porque decía que ella se iba a morir sin verme yo; entonces adelanté la vuelta en una oportunidad que hubo en la fábrica. Vine en junio y parece que Dios lo quiso, en julio le dio una especie de ictus. Se recuperó, pero le volvió a dar en septiembre; quedó menos mal, y en noviembre le volvió a dar y ya murió.

Yo, muy contenta, de haber estado el último tiempo con ella, porque normalmente tenía que haberme estado allí, en Alemania, otro año por la cosa de los años de cálculo, ¿no?, pero así fue...

Me vine a Salamanca a vivir, claro, porque allí en el pueblo no quería estar y eché de menos mucho, pues eso, porque la información a nivel europeo no funcionaba, nadie sabía decirte nada...; yo porque ya lo traía todo preparado, pero si querías saber algo pues no funcionaba, nadie sabía nada... Y yo en casa no quería estar sin hacer nada; entonces me fui a Cáritas y solicité participar en el voluntariado. Se me ofrecieron distintos talleres, entre ellos inmigración, que era cuando ya empezaba aquí la inmigración..., y fue lo que cogí, y ahí ya llevo, pues diez años, con Cáritas, más o menos, quizá algún año más porque yo siempre digo diez y ya han pasado más, ¡je, je...! También entré en la parroquia, en el voluntariado del enfermo, del mayor. Voy a la residencia los jueves, un ratito con los mayores, luego tengo mi tiempo de ocio porque me gustan mucho los conciertos, los teatros y esas cosas.

Desde el principio eché de menos mi vida en Alemania, como decía antes, que faltaba algo, pues estábamos medio Salamanca llena de mayores emigrantes

retornados y me propuse tener información europea, así que intenté crear una asociación de emigrantes retornados que lleva ya desde el 2003 funcionando. Por desgracia, no hemos tenido mucha aceptación porque los salmantinos, que me perdonen, pero somos muy indiferentes, son... eh..., ¡pasan! A pesar de los años que llevamos no se interesan mucho, se acercan cuando necesitan alguna información y, claro, para eso está la asociación, pero para los socios, no porque tú quieras..., que nosotros no somos una ONG porque a nosotros no nos ayuda nadie. Cáritas, la verdad, como estaba allí desde el primer momento me ofreció los locales.



Fiesta de San Nicolás en la Asociación de Inmigrantes Retornados, año 2008.

Nos reunimos una vez al mes y, si tengo alguna novedad que decirles, de alguna cosa que haya venido de Castilla y León, o algún convenio nuevo europeo, pues se lo comunico, leo en los periódicos en los que se habla de los emigrantes en el exterior, nos tomamos un café juntas, celebramos el fin de curso, la fiesta de San Nicolás, que eso era muy típico allí. Celebramos también –que no lo había dicho antes– la fiesta de Pascua, que en aquellos años no conocíamos; en los años 60 o 70 no se conocían los famosos huevos de Pascua de colorines..., nosotros allí se los guardábamos a los niños para que los buscaran por las habitaciones y, los que tenían ya jardín, pues en el jardín, para que los encontraran... Así seguimos, encontrándonos y comentando nuestras experiencias y nuestras cosas nuevas que vayan surgiendo, y ahí estamos, esperando que la asociación tenga cada vez más aceptación y que nos sigan visitando..., y bueno, pues intentaremos seguir adelante como mejor podamos.